

# **LAS ESTRELLAS SON LEGIÓN**

**KAMERON HURLEY**

Traducción de Alexander Páez

**ALIANZA EDITORIAL**

Título original: *The Stars Are Legion*

Revisión de las galeradas a cargo de Antonio Torrubia.

Ilustración de cubierta: Copyright © 2017 by Stephn Youll

Primera edición: 2017  
Segunda reimpresión: 2023

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del texto: Copyright © 2017 by Kameron Hurley  
© de la traducción: Alexander Páez García, 2017  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid



[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 84-978-9104-841-1  
Depósito legal: M. 16.847-2017  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

**PARA TODAS LAS MUJERES BRUTALES**



FUE EL ABISMO LO QUE PUDO CON NOSOTRAS.  
CUANDO CRUZAMOS EL ABISMO,  
ALGO VOLVIÓ CON NOSOTRAS.



**PARTE I**

**EMERJO**



«NO HAY NADA QUE TEMA MÁS QUE ALGUIEN SIN RECUERDOS.  
UNA PERSONA SIN MEMORIA ES LIBRE DE HACER LO QUE LE PLAZCA.»  
LORD MOKSHI, ANALES DE LA LEGIÓN

# 1

## ZAN

Recuerdo haberme deshecho de un bebé.

Es el único recuerdo que sé que es mío. El resto es cruda negrura. Todo lo que tengo, pues, es lo que me han contado como verdad:

Mi nombre es Zan.

Estuve al mando de un gran ejército.

Mi misión era acabar con un mundo que ya no existe.

Me dicen que mi ejército fue desperdigado, o devorado, o destruido en un millar de escombros centelleantes, y que desaparecí.

No sé por qué querría dirigir un ejército, especialmente uno perdedor, pero me cuentan que pasé mi vida esforzándome para alcanzar el rango y la habilidad que poseo. Y cuando volví, escupida por el mundo o liberada por voluntad propia, volví mal. Todavía no sé qué significa *mal*, tan solo que ha dado como resultado mi falta de recuerdos.

El primer rostro que veo al despertar en la cama, cada periodo, tiene labios carnosos y resplandece tanto que es como mirar a un sol repleto de vida. Dice que su nombre es Jayd, y es ella quien me ha contado todo lo que creo que es cierto. Cuando pregunto,

ahora, por qué hay un cadáver en el suelo tras ella, tan solo me sonrío y dice: «Hay muchos cuerpos en el mundo», y me doy cuenta de que las palabras *mundo* y *nave* son casi idénticas. No sé cuál utilizó.

Me hundo.

Cuando vuelvo a despertar el cadáver ha desaparecido, y Jayd trastea a mi alrededor. Me ayuda a sentarme por primera vez. Me asombro al ver los moratones de mis antebrazos y piernas. Una amplia cicatriz divide mi vientre en dos y termina junto a la ingle. Hay algo raro en mi mano izquierda; salta a la vista que es mucho más pequeña que la derecha. Al tratar de cerrar el puño, los dedos se quedan a medio camino, simulando una garra atormentada. Cuando me deslizo al suelo descubro que apenas tengo sensibilidad en las plantas de los pies. Jayd me pone una bata porosa sobre los hombros y no me da tiempo a examinarlos. Es de la misma talla que la suya, aunque la mía es verde oscuro y la de ella es azul.

—Ha llegado la hora de ponerte al corriente —dice Jayd, mientras trato de comprender el alcance de mis heridas.

Jayd me coge de la mano y me lleva fuera de la estancia, a través de un pasillo palpitante y oscuro. Miro de reojo. Veo que nuestras manos entrelazadas son del mismo color cobrizo, aunque su piel es mucho más suave que la mía.

—Estuviste desaparecida durante media docena de giros —dice Jayd.

Me sienta a su lado en una habitación del pasillo. Me miro las palmas de las manos, intentando abrirlas y cerrarlas. Si pongo empeño, puedo cerrar la izquierda un poco más. La estancia, como los pasillos, es cálida, un lugar brillante que late como el interior de un órgano. Jayd aparta de mi ceja un mechón de cabello oscuro con un gesto tan ensayado y reverente como el de una oración. Su contacto me reconforta.

—Te creíamos muerta —dice—. Reciclada.

—¿Reciclada en qué? —pregunto.

Pero la pared se abre, la puerta se despliega como una flor, y una mujer mayor nos indica que entremos. Jayd ignora mi pregunta.

Jayd y yo nos acercamos a la mujer y nos sentamos en un banco húmedo a un lado de una enorme mesa. La mujer está sentada al

otro lado. Por la superficie de la mesa ondulan figuras, aunque si se trata de escritura, decoración o algo diferente, lo desconozco. Al observarlos, los siento palpitar en mi cabeza. Me llevo la mano a la sien y descubro que mis dedos están untados de un lubricante o ungüento pegajoso y viscoso. Deslizo el índice a lo largo de la marca de una cicatriz que une el final de mi ceja izquierda con el lóbulo de la oreja del mismo lado. Todavía no me he visto el rostro. No hay superficies donde verme reflejada. Desde luego hay algo que va mal en este lugar, pero no creo que sea yo.

—Soy Gavatra —susurra la mujer con voz grave.

Su cabello negro está rapado, trasluce la piel oscura y cuatro largas cicatrices como arañazos sobre la nuca. Viste una prenda larga de tela azul brillante, como de algo exudado por las paredes, y unida por nudos intrincados. Se inclina sobre mi rostro, observando, y suspira.

—¿Sabes quién eres?

—Es lo mismo que en las demás ocasiones —dice Jayd.

—¿Las demás ocasiones? —pregunto. Porque ¿cuántas veces puede una perder un ejército y ser devorada por una nave, volver con heridas como estas y sobrevivir?

Jayd me observa fijamente, buscando con desesperación algo en mi mirada. Su rostro serio es ancho, con los ojos hundidos y nariz respingona. Creo que debería saber o entender algo de esa mirada, pero mi memoria es un vacío cálido y pegajoso. No intuyo nada. Vuelvo a abrir y cerrar las manos.

—Ochocientos seis de tus hermanas han intentado abordar el Mokshi —dice Gavatra, mientras golpetea la superficie de la mesa con sus dedos. Las figuras cambian, y ella las observa como si pudiera descifrarlas—. Eres la única que siempre vuelve, Zan. Parece que es la razón por la que Lord Katazyrna sigue enviándote allí, a pesar de que nunca has conseguido que un ejército entrara. Tan solo tú.

—El Mokshi —digo—. ¿El mundo que no existe?

—Exacto —contesta Jayd—. ¿Te acuerdas? —¿Lo dice con esperanza o con recelo?

Sacudo la cabeza. La frase no significa nada para mí. Tan solo ha surgido.

—¿Cuántas veces me ha ocurrido esto? —pregunto.

Mi mano izquierda tiembla y la observo como si perteneciera a otra persona. Se me ocurre que quizá fue así, y siento un escalofrío. Quiero saber qué le pasó a mi memoria, y por qué había un cuerpo en mi habitación, y por qué me deshice de un bebé. Pero sé que las respuestas no van a ser agradables.

—Estás bendecida por el Dios de la Guerra, hermana mía —afirma Jayd. Pero lo dice mientras mira a Gavatra. Es como volver a ser una cría, metida en una habitación con personas que comparten un pasado profundo, demasiado insondable y complicado para que una niña lo entienda. Todavía más curioso es que si Jayd es de verdad mi hermana, esta sensación que encoge mis entrañas cuando pasa sus dedos por mi pelo es completamente inapropiada.

Alzo la mirada hacia Gavatra y aprieto la mandíbula. Me inunda un propósito sombrío.

—Quiero saber qué me pasó —digo—. Puedes decírmelo o te lo puedo sacar por las malas.

Ahora ya puedo cerrar las manos en puños. Siento que este movimiento es mucho más natural que nada de lo que he hecho hasta ahora.

Gavatra ladra una carcajada. Golpea la mesa y provoca que un grupo de luces danzarinas floten en el aire. Las observo fascinada enredarse por encima de ella, que las devuelve a la mesa de un matotazo.

—Estás cumpliendo tu deber hacia tu madre, Lord de Katazyrna —dice Gavatra—, como todas nosotras. Pero quizá Jayd tenga razón esta vez. Quizá ha llegado la hora de que te retiremos.

—Tengo la sensación de que me debéis un recuerdo —digo.

—Para eso tienes que recuperar el Mokshi —afirma Gavatra—. No tenemos tu recuerdo aquí. Esa nave lo engulló. Parece devorarlo cada vez. Quieres tu memoria, pues aborda el Mokshi... y mete a una escuadra contigo esta vez.

—Entonces volveré a ir —digo.

—Madre no se puede permitir arriesgar otra escuadra —dice Jayd—, y menos con las Bhavajas esperándonos en la órbita del Mokshi. Las Bhavajas han tomado otra nave desde que estuviste desaparecida, Zan.

—¿Qué es una Bhavaja? —pregunto.

—Estos ciclos empiezan a cansar —dice Gavatra mientras hace un gesto de impaciencia.

—Son las grandes enemigas de nuestra familia —responde Jayd—. Una familia con la que estamos en conflicto desde que Madre era una niña. Es solo cuestión de tiempo que también nos arrebatan el Mokshi. Quizá incluso todas las naves Katazyrna.

Esta vez estoy segura de que dice *nave* y no *mundo*, porque arrebatarse todo un mundo parece imposible.

—El Mokshi ha destruido a mucha gente —dice Gavatra—. Tu madre se limitará a robar más de algún otro mundo en apuros. Si Zan está lista para asaltar el Mokshi de nuevo, no se lo negaré.

Jayd se encoge en la silla, derrotada. ¿Soy algo sobre lo que pelear y ganar?

—Es una locura de misión —asevera Jayd—. Existen las mismas probabilidades de que muera como de que recupere la memoria. Algunos fragmentos vuelven sin que tengas que regresar al Mokshi, Zan. Si te quedas...

—No —interrumpo. De nuevo recorro con el dedo el borde de la larga cicatriz de mi rostro—. Me gustaría terminar lo que se ha empezado.

Gavatra sacude la mano por encima de la mesa y las figuras de luz se desvanecen para revelar que la superficie es un lienzo cosido de suave piel humana.

Doy un respingo en el asiento. El temblor del brazo se convierte en un espasmo, me revuelvo y golpeo la pared. Esta se hunde bajo mi puño, como si hubiera chocado contra un pulmón. Cuando saco la mano, está húmeda. Me estremezco; la respiración se me acelera y me falta el aire.

Jayd me rodea con sus brazos.

—Tranquila, pasará —susurra.

Me siento como si observara mi cuerpo desde gran altura, incapaz de contenerlo o controlarlo. El pánico es algo monstruoso. Mi cuerpo trata de luchar o huir, y no puedo permitirle hacer ninguna de las dos cosas hasta que comprenda qué está ocurriendo aquí. El ataque es tan súbito, tan incontenible, que me aterroriza.

Gavatra resopla y se levanta.

—Va a estallar de nuevo —dice, mientras se rasca la cicatriz de la cabeza.

Mi corazón martillea con fuerza en el pecho. Un oscuro y retorcido impulso se apodera de mí; se desata todo lo que he aguantado mientras me manipulaban y pinchaban en la enfermería.

Cruzo la mesa de un brinco y agarro a Gavatra por la garganta. Chocamos contra la pared y caemos al suelo. Ella se retuerce tras de mí, jadeando como una moribunda, y quizá lo es. Al sentarme a horcajadas sobre ella y ver mis manos, temo que la izquierda, más débil, no sea capaz de estrangular a una mujer hasta la muerte.

—No me creo una sola palabra de lo que has dicho —le digo a Gavatra enseñando los dientes.

Gavatra retuerce mi brazo débil. El dolor me atraviesa, y ciega mi pánico. Me golpea con la cabeza en la cara, de un modo tan rápido e inesperado que retrocedo tambaleándome tanto por la sorpresa como por el daño, con las manos sobre el rostro mientras la negrura me oscurece la vista.

Jayd se interpone entre Gavatra y yo. Se desliza por el suelo para sujetarme entre sus brazos, como si fuera un valioso animal que se ha vuelto salvaje.

Gavatra se ayuda de la mesa para levantarse. Se frota la garganta y sonrío con sorna.

—Puede que quede algo de la antigua Zan en ella —dice.

—¡Mi memoria! —grito.

—Idiota —responde Gavatra—. No sabes el regalo que ha sido esa pérdida para ti. —Entonces sonrío, las arrugas se hacen más profundas, su rostro más cavernoso a la pálida luz—. La verdad es mucho peor de lo que puedas imaginar.

—Sácame de aquí —digo. El pánico está remitiendo, pero las paredes palpitantes parecen estar más cerca, como si la sala misma fuera a tragarme entera.

Jayd presiona su mejilla contra la mía. Agarro un mechón de su cabello y lo aprieto con suavidad.

—¿Quién eres en realidad? —susurro.

Siento cómo se alzan las comisuras de su boca.

—Soy tu hermana, Zan mía.

Y le devuelvo la sonrisa porque mi rostro palpita, y me caen gotas de sangre de la nariz, y recuerdo mis otras heridas. Tengo dos opciones ahora: luchar y arriesgarme a ser reciclada —sea lo que sea eso— o seguirles la corriente, darles lo que quieren, y descubrir adónde ha ido en realidad mi memoria y por qué se esfuerzan tanto en fingir que son parientes mías.

—Estoy asustada —digo, y no es del todo cierto. Tengo miedo de lo que voy a tener que hacerle a esta persona que dice ser mi hermana, pero a la que quiero abrazar y follar hasta que se acabe el mundo.

«LA MEMORIA ES ALGO CARNOSO Y DELIRANTE, Y NOS VUELVE  
PROPENSAS A ALBERGAR FALSOS RECUERDOS. LAS HISTORIAS FORJAN  
LA MEMORIA; SOLO ES CUESTIÓN DE REPETIR EL RELATO  
QUE MEJOR CONVenga A NUESTROS FINES.»  
LORD MOKSHI, **ANALES DE LA LEGIÓN**

# 2

## ZAN

Duelmo en una habitación que mide tres pasos de ancho y ocho pasos de largo. Me acurruco en una manta ligera que es algo esponjosa, como pan poroso. Los periodos de sueño están marcados por el cambio en la luz de toda la nave, de verde lechoso a azul suave. Me sorprendo de que mi cuerpo responda tan de inmediato al cambio de luz, arrullándome para dormir casi al instante en cada periodo. Quizá mi cuerpo recuerde cosas que mi mente no puede.

—La memoria volverá —me tranquiliza Jayd en cada periodo de sueño mientras me arropa tras las largas y sudorosas sesiones de ejercicio en la sala tubular al final del pasillo, fuera de mi habitación. Ese pasillo me recuerda a la garganta de una bestia. Cuando pregunto por la línea ondulante del techo, Jayd me explica que una de las grandes arterias de la nave pasa por encima.

—¿Una arteria? —pregunto—. ¿Transporta... sangre?

—En cierto modo —responde—. La sangre vital de la nave. Es diferente de la nuestra, pero tiene la misma función. Lleva todas

las proteínas recicladas desde el centro del mundo y alimenta cada nivel.

La idea de vivir en el vientre de un organismo me inquieta.

—¿Es seguro? —pregunto de nuevo—. ¿Por qué no nos come la nave?

Ella aparta la mirada.

—Al final nos devora a todas.

Durante los periodos en los que estoy despierta, entreno con varias mujeres en combate y lucha cuerpo a cuerpo. Cuando trato de hablar con ellas, Jayd me dice que no tienen lengua. Creo que quizá es una manera de hablar, pero cuando abren la boca para dar un grito o mirar con lascivia, veo que realmente no tienen lengua. Se comunican con un lenguaje de signos que me resulta familiar. Tras unas cuantas de estas sesiones, recuerdo qué significan algunos de estos signos: *más lista*, *buen trabajo*, y *devoracráneos*. Hago la señal de *devoracráneos* a una de ellas y me mira como si hubiera dicho que iba a sacarle las tripas.

—¿Qué es *devoracráneos*? —le pregunto a Jayd mientras volvemos a mi habitación.

Ella se pone rígida.

—¿Dónde has escuchado eso?

—Solo es algo que me ha venido a la cabeza —respondo. No quiero que sepa cuánto puedo entender del lenguaje de signos. Todavía no.

—No lo sé —dice Jayd, y es un alivio saber con seguridad que está mintiendo. Todavía no sé cuánto de lo que me ha contado es mentira o una exageración. Me muero por creerla, pero mi cuerpo me pide cautela. Una vez más, intuye lo que mi mente ha olvidado.

—¿Por qué no puedes explicarme qué pasó —le pregunto—, del mismo modo que me has contado el resto?

—Porque te volverías loca —responde Jayd. Abre la puerta de mi habitación. Mis moratones están desapareciendo.

—¿Cómo lo sabes?

Jayd duda en el umbral. Habla con suavidad, como si lo hiciera para sí misma, sin darse la vuelta.

—Porque si te lo contamos demasiado pronto, te vuelves loca —susurra—, y entonces podrías ser reciclada, o arrojada al Mokshi

sin el reacondicionamiento que estás llevando a cabo. No puedes empezar así otra vez. No tendrías ni una oportunidad, y entonces te quedarías atrapada ahí fuera de nuevo, durante giros y más giros. O quizá el Mokshi te matara esta vez. Y yo... yo no lo deseo.

—Quiero recuperar la memoria, Jayd. Quiero lo que me fue robado.

—Lo tendrás —dice ella—, cuando Madre tenga el Mokshi.

Aquí no tengo percepción del tiempo, y aunque Jayd la llama nave, o quizá mundo, por lo que sé, podríamos estar bajo tierra en el centro de alguna estrella. Me paso noches interminables tratando de averiguar cómo abrir la puerta que se sella tras Jayd cada vez que se marcha. Recorro con las manos las vetas de los enormes paneles que se abren en forma de cuña cuando Jayd entra. Pasar las manos por la superficie me trae recuerdos de hacer esto mismo una vez tras otra, pero nada más.

Los hematomas van desapareciendo y me doy cuenta de que no es así como moriré, atrapada en lo que quiera que sea este horror cíclico que estas chifladas han diseñado para mí.

Esto es en lo que pienso cuando doy un puñetazo en el rostro a una de las mujeres de la pista de entrenamiento. Esta vez no contengo el impacto como he hecho con el resto y ella se tambalea, agitando los brazos en círculos.

Salto hacia ella. Sus compañeras se lanzan sobre mí. Esquivo y eludo. Levanto los puños. Conecto cuatro sólidos puñetazos. La sangre me salpica el rostro. Ya no entreno, estoy luchando, y la voz temerosa de Jayd es tan solo un zumbido sordo en el filo de mi conciencia.

Cuando Jayd me coge del hombro, me giro, puños en alto. Ella no se echa atrás. Pero el arrebato se está apagando. Dejo escapar el aliento.

A mi alrededor, las tres mujeres con las que entrenaba están en el suelo. Hay sangre. No mucha, pero la suficiente para asustarme.

—Vuelve a tu habitación —dice Jayd.

Observo a las mujeres. Una tiene la nariz destrozada. Otra escupe sangre. La tercera se aleja de mí arrastrándose y se aprieta con una mano las costillas.

—Lo siento —digo—. No sé qué...

—Ve —ordena Jayd—. Yo me ocuparé de ellas.

—Lo siento —repito de nuevo, giro sobre los talones y me escabullo de la sala. Llego al pasillo y recupero el aliento. Contemplo mis puños. ¿Qué soy en realidad? ¿En qué me han convertido?

Me apresuro por el corredor. Al levantar la mirada, me doy cuenta de que lo último que quiero hacer es volver a mi celda. Cambio de dirección y escojo al azar un pasillo que se aleja del principal. Pruebo algunas puertas, pero ninguna se despliega ante mí. Atrapada en un laberinto. Sin salida.

Empiezo a correr.

Mis pies descalzos golpetean contra el suelo húmedo. Llego al final de un pasillo y me adentro en otro. Corro y corro, y mientras el aire inunda mis pulmones, me siento verdaderamente viva por primera vez desde que desperté. Tuerzo a la izquierda y el corredor se ensancha en una enorme boca. Una puerta abierta. Me acerco y me quedo mirando. A través de la abertura hay un espacio cavernoso con un techo tan alto que se pierde en la oscuridad. Verde, flora o fauna bioluminiscente de algún tipo se alinea en las paredes y el suelo, pero no es suficiente para ayudarme a discernir la profundidad de la sala.

Atravieso la boca y el techo se ilumina de verde y azul. Entorno los ojos y ahora soy yo la que se queda con la boca abierta, ya que he entrado en un gigantesco hangar. Hilera tras hilera de vehículos chatos. Son extraños, como animales hibernando. Parecen babosas retorcidas con tubos enrollados, su exterior brillante está salpicado de amarillo, rojo, azul y verde. No sé cómo esperaba que fueran los vehículos, pero parece raro que no tengan alas, ruedas o pies.

Mientras paso, los acaricio con los dedos, y vibran y parpadean con el roce. Son cálidos, y su superficie parece piel endurecida. Extrañas criaturas, estas. Me pregunto de qué se alimentan.

Me agacho junto a una, abre un ojo enorme que tiene un iris naranja. Por un largo instante nos miramos una a otra. Veo que gotea un fluido amarillo viscoso de uno de los tubos que se entrecruzan en la parte trasera. Hay un banco de trabajo junto a la pa-

red donde los demás vehículos están expuestos en varios estados de deterioro. Algunos de ellos cuelgan de la pared en ganchos de hueso como piezas de carne.

La nave me mira con su único ojo anaranjado. Siento lástima por ella, resopla en soledad, aquí en el hangar, y gotea fluido vital. Paso cerca del banco de trabajo, e igual que en la sala de entrenamiento, mis manos se mueven por sí solas, impulsadas por algún recuerdo latente. Sé cómo arreglar esta lastimosa nave, y ese conocimiento me da mucho más placer que saber cómo golpear a alguien.

Corto, coso y embadurno con unguento por toda la longitud de los tubos del vehículo. Tiene una textura y una consistencia que están entre la de un intestino y la de un cordón umbilical; saber cómo es la textura de ambos me da que pensar. Hay un montón de tubos en una cálida papelera en el banco de trabajo. Sé dónde está todo, y conozco los nombres de las herramientas: escalpelo, hilo de sutura, espéculo, ancestro.

Me agacho junto al vehículo, con un bisturí de hueso entre mis dientes, y reparo el tubo que gotea. Este zumba con suavidad debajo de mí. Cuando termino, estoy empapada en lubricante pegajoso y fluido amarillo. El aparato mueve los ojos hacia mí y ronronea. Palmeo su chata parte frontal; es como tocar con el pulgar una babosa tibia. Probablemente ambos estamos muy felices en este instante.

—Había oído que estabas viva.

Alzo la cabeza. Una persona que no me resulta familiar está junto a la puerta. Es esbelta y nervuda, allí donde Jayd es suave y luminosa. Su cabello oscuro es corto en un lado y peinado en una larga trenza en el otro, enrollado encima de la cabeza como una corona. Se mueve hacia mí. Agarro el escalpelo, desconfiada.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Sabita —responde ella—. Supongo que es demasiado pronto para que te acuerdes de eso. —Acaricia el morro chato del vehículo. Este ronronea bajo sus dedos—. Quería asegurarme de que estabas a salvo esta vez.

—Por ahora solo he conocido a Jayd —le digo—, y a las que no tienen lengua.

Sabita se muerde el labio.  
—Infrahabitantes.  
—¿Y eso qué significa?  
—Personas que viven en los niveles inferiores —responde—. El mundo es bastante salvaje en las capas que hay más abajo. Cuando Lord Katazyrna toma un mundo, envía a las que no recicla a los niveles más profundos. Al final, casi todas son reclutadas a la fuerza para el ejército.  
—¿Por qué estoy aquí? —pregunto.  
Sabita se lleva un dedo a los labios. Duda.  
—¿No te lo ha dicho todavía?  
—Dice que se supone que debo tomar el Mokshi. Dice que me robó la memoria.  
Sabita sonríe, pero es una sonrisa triste.  
—Entonces supongo que esa es la verdad que quiere que creas —dice.  
—Tengo la sensación de que la verdad escasea en lo que me están contando —respondo.  
—Nunca te he mentado —dice Sabita—. Aunque tú sí lo has hecho muchísimas veces antes de confiar en mí. Supongo que es lo mismo con Jayd.  
Sacudo la cabeza.  
—No tengo ninguna razón para creerte a ti más de lo que creo en Jayd.  
—¿No crees a Jayd?  
Se me pone la piel de gallina.  
—Me preocupo mucho por Jayd —respondo—. Todavía trato de darle sentido a todo.  
—¿Estás lista para volver al Mokshi? Solo vienes aquí cuando estás preparada para salir de nuevo.  
—Estoy lista —afirmo—. ¿Cuántas veces he hecho esto?  
—Me pediste que no te lo dijera.  
—¿Cuándo?  
—Antes de que perdieras la memoria. Antes de... todas estas misiones imposibles.  
—¿Qué *puedes* responder, entonces?  
Se encoge de hombros.